

MEMORIAS DEL GENERAL  
GREGORIO ARÁOZ  
DE LA MADRID



## PRÓLOGO

### UNA NUEVA EDICIÓN DE LAS "MEMORIAS"

Esta es una nueva edición de las *Memorias* del general Gregorio Aráoz de La Madrid. Bienvenida sea. Si no cuento mal, se trata de la quinta, desde aquella primera de 1895 –con excelente iconografía comentada– que costó el Gobierno de Tucumán, como “edición oficial”, en la casa Kraft. Vinieron luego la de la editorial Jackson, en la colección “Grandes Escritores Argentinos” que dirigía Alberto Palcos (1944), la de la Biblioteca del Suboficial (1947), y la de Eudeba, en 1968.

Adhiero de entrada al juicio conocido. Las *Memorias* constituyen un testimonio único dentro de la historia argentina. No se parecen a ningún otro en su forma ni en su contenido. Su autor pasó por las campañas de la Independencia y las guerras civiles montado a caballo, sable en mano, peleando, desde los diecisiete años hasta los cincuenta y siete. Es decir, el largo y turbulento espacio que va entre la retirada de Belgrano de Jujuy, en 1811, y la batalla de Caseros, en 1852.

Los detalles de la romancesca biografía del tucumano constan en las obras de referencia. En esas cuatro décadas, dirá en sus *Observaciones*, estuvo en “más de ciento treinta y tantos ataques parciales y generales”. Condujo aguerridos escuadrones con éxito, y fue derrotado al comando de fuertes ejércitos. Con sarcasmo, comentará Groussac que “tan poco aleccionaban las derrotas a La Madrid, como las zurras y caídas al caballero de la Mancha. Tenía un brío de derrotas inagotable. Las atribuía a la mala suerte, como don Quijote a las malas artes de un nigromante... [...]. Diez veces ha tenido en su mano la suerte de la República y diez veces la ha malogrado”. Ocupó y gobernó provincias, derrocó gobernadores, dictó o hizo cumplir sin vacilación sentencias de muerte y de azotes, cruzó a pie la cordillera de los Andes, sobrevivió a gravísimas heridas, hizo de panadero y fabricó velas para sobrevivir. Vivió y murió pobre, casado con una devota mujer que lo acompañó en los años de exilio con muchos hijos a cuestas.

Era el favorito de Manuel Belgrano (quien, según el general Iriarte, mostraba por La Madrid una “extremosa predilección”)

y José de San Martín le obsequió la espada que llevaba en San Lorenzo. No gozó del afecto de José María Paz ni del de Juan Lavalle. Pero Juan Manuel de Rosas lo miraba con risueña simpatía. He leído varias veces sus *Memorias*, a lo largo de los años. Creo que eso me autoriza a armar estas páginas de prólogo con las impresiones más fuertes que de tales lecturas me quedaron. Anotaré primero las perplejidades.

No deja de ser curioso que alguien que dedicó su vida a la guerra, tuviera una inclinación tan poderosa, una fe tan grande en la palabra escrita. Hay que pensar que la instrucción que recibió (primeras letras caseras impartidas por sus tíos La Madrid-Díaz de la Peña, más un tiempo en la escuelita de San Francisco) por módica que fuera, resultó suficiente para encender una afición que no pudieron apagar las urgencias de la guerra.

En la "Carta-prólogo" de 1895, que abría la primera edición de las *Memorias*, Adolfo P. Carranza afirma que ellas fueron escritas en Montevideo en 1841 y ampliadas en 1850 (lo de 1841 es un grueso error —acaso de imprenta—, porque La Madrid llegó recién a Montevideo en 1846).

Pero, de cualquier modo, la primera versión de sus recuerdos era muy anterior. Dicen las *Memorias* que, en 1818, durante la campaña de Santa Fe, en el campamento de Fraile Muerto, Belgrano "ordenó" a La Madrid que le presentara "una relación de todas las acciones y encuentros parciales en que me había encontrado desde que tomó la carrera de las armas, y allí mismo, en los días de nuestra parada, se la presenté escrita ligeramente". Parece claro que el creador de la bandera sabía que su subordinado era hombre de pluma, ya que de otro modo no le hubiera hecho tal encargo. Dos años más tarde, en junio de 1820 y pocos días antes de morir, Belgrano, recién llegado a Buenos Aires, recibió la visita de La Madrid. Después de los saludos, sacó de una gaveta aquellos papeles de 1818 y se los entregó. "Estos apuntes los hizo usted muy a la ligera, es menester que usted los recorra y detalle más prolijamente y me los traiga", le dijo. Fue un pedido que el tucumano prometió complacer. Narra La Madrid que extravió los escritos en la batalla de El Tala (1826) y "aunque después los volví a renovar en Bolivia, volví a perderlos en mi última campaña sobre Cuyo, en 1841". Es decir que la versión y la ampliación hechas en Montevideo entre 1846 y 1850, no eran más que la reconstrucción de lo que ya había redactado dos veces.

La Madrid concluye su escrito expresando que "aquí terminan los apuntes biográficos que por necesidad me he visto precisado a cederlos al señor don Andrés Lamas", y asienta la fecha "Montevideo, julio 6 de 1850". Luego viene la "ampliación", datada en la Fortaleza del Cerro, el 7 de noviembre del mismo año.

De acuerdo a lo que informa Carranza –sin arrimar constancias–, el manuscrito fue retribuido por Lamas con "una suma que era en aquel momento una fortuna para el bizarro soldado que había pasado treinta años en los campos de batalla". Era propósito de Lamas publicar esas memorias en su "Colección de documentos para la historia del Río de la Plata". Por la razón que fuera, no las editó. Pero, de acuerdo al testimonio que seguimos, permitió que las consultaran los generales Paz y Mitre, y el doctor Angel Justiniano Carranza.

Uno se pregunta en qué momento escribía. Si era durante las campañas, con qué comodidades, en aquellos tiempos donde la operación requería la parafernalia de tinta, tinteros, plumas, y una superficie regular para asentar el papel (material que también era de logro difícil). Y si escribía durante los exilios, también el momento es una incógnita, cuando se calcula la miseria que lo rodeaba y la urgente necesidad de trabajar para la subsistencia.

Pero es indiscutible que nada arredraba al grafómano. Junto a su propia tarea, revisaba cuidadosamente la producción escrita de sus contemporáneos, si ella se refería a sus campañas. En las *Memorias* rectifica la versión de Sarmiento, en el *Facundo*, sobre el desastre de La Ciudadela, por ejemplo. Durante la campaña de La Rioja, en 1830, le llegó de Buenos Aires "un gran pliego" que contenía la biografía de Rosas. En la crónica de los sucesos porteños de 1820, ese "gran pliego" le atribuía, cuenta, "cuanto había hecho yo en aquellos días y en particular en el de la toma de la plaza". Enfurecido, "hice una corta refutación a dicha biografía, presentando los hechos tal cual habían sido". La mandó imprimir en San Juan y se la remitió a don Juan Manuel. No fue su única relación, digamos bibliográfica, con el futuro Restaurador: cuando se conocieron, le dejó, dice, "un cuadernito trabajado por mí para instrucción de los oficiales de mi cuerpo de húsares de Tucumán": suponía que acaso Rosas tomó de allí "las primeras nociones de la milicia". Y es sabido que, en sus últimos años, acometió un texto de la misma dimensión de sus *Memorias*, cargado de indignación, para refutar a su

antiguo jefe: las *Observaciones sobre las Memorias Póstumas del brigadier D. José María Paz* (1855).

La veta literaria de La Madrid se manifestaba, como es conocido, no sólo en prosa, sino también en verso. Eran los tiempos donde la poesía —en sus formas más ingenuas— estaba muy presente en la vida de los criollos. Las estrofas aparecían en los momentos más impensados. Suena un poco singular, por ejemplo, que cuando La Madrid era traído con graves heridas y semiinconsciente a Tucumán en 1826, tras la derrota de El Tala, el futuro obispo José Agustín Molina se subiera lloroso al estribo de la galera para soltar al descalabrado jefe una cuarteta de alabanza a su valor... Por algo Avellaneda llamaba a Molina “poeta repentista e instintivo”. Es una calificación que podría aplicarse de modo perfecto a nuestro general memorialista.

En la campaña de La Rioja, en 1840, al ver hambrientos a sus soldados, llama a un par de cantores y les dicta: “Constancia, bravos riojanos,/ que aunque no haya qué comer,/ prometen los tucumanos/ morir todos o vencer”. Y el estribillo: “Siga la guerra,/ truene el cañón:/ pronto tendremos/ Constitución”. Al año siguiente, luego de cruzar la cordillera tras la derrota de Rodeo del Medio, lo agasajan en Chile con un baile. Está presente al actor Juan Aurelio Casacuberta. Cantan la canción “A la lid”. Sabedoras las damas de la inclinación poética del tucumano, ruegan que les ofrezca una muestra. Y sin titubear, La Madrid improvisa nada menos que dieciséis estrofas, que empiezan: “¡Argentinos que os halláis en Chile...”, con versos especiales para el estribillo “A la lid”.

En sus páginas, derrocha una memoria fotográfica. La tenía desde niño (aunque reconoce que después de las heridas de El Tala solía quedar en blanco cuando alguien lo interrumpía). Recordaba los más extraviados lugarejos de las serranías, fueran del Alto Perú, de las provincias norteñas o de las cuyanas. Del mismo modo que tenía grabados en la mente el nombre, número y sitio de origen de los soldados que participaban de sus escaramuzas, o la cantidad de heridos y prisioneros de cada encuentro, o el número de armas y de caballos.

Las *Memorias* son una sucesión ininterrumpida de lances guerreros de diversa importancia. El narrador parece obsesionado, sobre todo, por dejar constancia de su permanente disposición a atacar. Tanto “acuchillaba” como “escopeteaba” o “bayoneteaba”. La orden tenía una secuencia de rutina: “carabina a la

espalda" primero, luego "trote", después "galope" y finalmente "a degüello". A Domingo Faustino Sarmiento, sus adversarios lo bautizaron "Don Yo", por la tendencia permanente al autoelogio. Es curioso que nadie aplicara un mote similar a La Madrid, que lo merecía tanto o más que el sanjuanino.

En su relato, no hay jefe que no sea irresoluto, o que no adopte disposiciones equivocadas a la hora del combate, por lo general en contra de las que La Madrid había sugerido minutos antes. Si uno creyera al pie de la letra los razonamientos de su crónica, habría que concluir que todos los contrastes de la Independencia y las guerras civiles se hubieran revertido con sólo seguir los consejos estratégicos del tucumano. Con una decena de hombres, se consideraba habilitado para batir a centenares.

No es lo único que inyecta desconcierto –y colorido– a la narración que Gregorio Aráoz de La Madrid hace de sus arriesgadas andanzas de militar. Prácticamente en todos los encuentros en que le tocó actuar, desde los pequeños hasta los grandes, acaecen súbitos y fatales desbandes de la tropa: jinetes o infantes que de pronto deciden retroceder y escapar del campo. Frente a esas situaciones, ocurre siempre lo mismo: La Madrid, a sablazos y a palos, logra que algunos se contengan o se arrepientan. Los arrega y les asegura que no necesita de los cobardes que huyeron, para dar la carga como corresponde. Pero finalmente resultan batidos, en la mayoría de los casos.

Es verdad que las batallas figuran entre los sucesos más difíciles de narrar sin perder la visión de conjunto. Pero la dificultad se multiplica en el relato personalísimo de La Madrid. Se entiende más o menos, al comienzo, cómo formaban los contendientes. Pero inmediatamente después, la acción se atomiza en mil pequeños episodios donde el narrador es el protagonista, por lo general malaventurado: sobre él se abate la más negra de las suertes. Refuerzos que no llegan, cargas o maniobras desatinadas y, por supuesto, soldados en incontrolable fuga. Al final, el lector no entiende por qué se perdió realmente esa batalla.

Se anticipaba –sin hacer el mínimo gasto de modestia– al reparo que podía hacerse sobre el detalle fatigoso que daba de cada episodio. "He querido ser de intento minucioso, para quitar el velo apasionado que cubre los ojos de muchos de mis compatriotas... [...] ...que sólo encuentran el mérito o quieren verlo en ciertas y determinadas personas, hasta el extremo de hacerse

ciegos para conocerlo donde efectivamente lo hay puro y patriótico... [...] ...Es preciso advertir que en mi país, muy pocos son los hombres, o tal vez ninguno, que hayan trabajado con mayor desprendimiento que yo, ni expuéstose tantas veces a la muerte por el solo bien de su patria", escribía.

A lo largo de las *Memorias*, abundan párrafos similares. No dejan dudas sobre la elevada opinión que La Madrid tenía de sí mismo. Cuando habla de la campaña de Lavalle al sur bonaerense, poco después del fusilamiento de Dorrego, apunta: "He tenido y tengo poderosos celos de los más de mis compatriotas, quienes han pretendido cruzar un espeso velo ante sus ojos para no descubrir toda la magnitud de mis esfuerzos, de mi patriotismo y de mi no común constancia y acierto en todas mis operaciones y cálculos, sin embargo de mis escasos conocimientos teóricos".

Por supuesto que su modo de narrar nada tiene que ver con el de las *Memorias Póstumas* de José María Paz, su camarada. No es extraño. La educación de La Madrid no podía compararse a la del colegial del Monserrat. A este, dice Juan B. Terán, "lo agitaba el deseo instintivo del verdadero escritor, de traducir eficaz y noblemente su pensamiento", y en ese afán cultivó un estilo "sobrio, simple, quizá huesoso, pero vivo, alerta, directo". Pero el tucumano transmite lo que quiere decir, y en su narración, atropellada y con demasiadas palabras casi siempre, centellea vívida la tensión de los momentos que reconstruye. Ya dijimos que lo que interesa narrar son las campañas militares, en primer término, y en segundo la crónica de sus penurias de exiliado. No aparecen ratos plácidos en su testimonio, como no los hubo en su vida. Cuando llega alguno, lo despacha en pocos renglones y vuelve al propósito central.

Tampoco trae páginas personales. El costado del espíritu que quiere mostrar, es sólo su constante vocación de guerrear y de sacrificarse por la patria. De lo demás, poco y nada sabemos. No ofrece más que una rápida descripción de la infancia y de los comienzos de la adolescencia. Hasta omite mencionar al padre (asunto que luego tocaremos) y a la madre la cita como de paso, ya muy avanzadas las *Memorias*. Del nombre de algunos de sus hermanos, uno se entera por referencias igualmente breves y ocasionales.

Su noviazgo y su casamiento, por ejemplo, constan en escasas cuatro líneas, como al pasar. Presentado a la familia del doc-

tor José Miguel Díaz Vélez, dice, "me había enamorado de la mayor de sus dos hijas, Luisa Díaz Vélez, y poco después, el 1º de abril, contraí matrimonio con ella" (apunto que la fecha está equivocada: la respectiva acta, en la iglesia de San Nicolás de Bari, es del 26 de abril). No proporciona siquiera una mínima descripción, física o espiritual, de la mujer que le dio tantos hijos. Sólo sabemos que lo "celaba con la patria". Pero, a pesar de esa contención como pudorosa, se percibe nítido el cariño que lo unía a Luisa, en un par de ocasiones. Cuando, en 1831, el general Javier López y el gobernador José Frías no la tuvieron en cuenta a la hora de poner a salvo sus familias, en vísperas de La Ciudadela, confiesa que el injustificable descuido le arrancó lágrimas. Igual ocurre cuando la ve llegar, cargando los chicos y vestida con sólo "lo puesto", después de haber sufrido las mortificaciones y los atropellos de Facundo Quiroga.

Al primer hijo, Gregorio, lo conoce en 1821, semanas después de nacido: "me lo presentó su madre por la ventana de la sala, al pasar, y le di un beso de a caballo", cuenta en un pasaje que Félix Luna hallaba "épico por su simpleza". El nacimiento de cada chico se menta rápido y sin comentarios. Las muertes merecen algo más. Confiesa que la pérdida de Barbarita, criatura que tenía poco más de un año y que era "todo mi querer", le hace el efecto de una "puñalada mortal". Cuando Nazario Benavídez hace fusilar a su hijo Ciriaco, de 18 años, en 1842, La Madrid le propone al poco tiempo "olvidar el hecho de la muerte de mi hijo, en obsequio a la causa pública, si él [Benavídez] se prestaba a obrar contra el tirano de los pueblos, pues yo sabía bien que él no era el asesino de mi hijo, sino [que ese asesino era] su bárbaro padrino", refiriéndose a Rosas.

En cuanto a su opinión sobre los jefes que conoció, tiene la más alta sobre Belgrano, sobre San Martín y sobre Martín Güemes. A Paz lo llama "presumido y hábil general", con "genio impetuoso y poco acostumbrado a sufrir que le hicieran indicaciones". De José Rondeau, opina que "no era respetado en el ejército, por su excesiva tolerancia y bondad". Respecto de otros no emite juicios, pero describe con abundancia sus desaciertos militares y de conducta. Es el caso de Rudecindo Alvarado, quien en 1831 jamás acudió con sus tropas a auxiliarlo en La Ciudadela, aunque lo había prometido. O del "valiente y desgraciado" Lavalle, del que narra sus veleidades y contramarchas en la catastrófica campaña de la Liga del Norte en 1841.



Guardaba un odio especial al comprovinciano Javier López, a pesar de que, como subraya Terán, pelearon juntos en La Tablada y fueron derrotados juntos en La Ciudadela. No le ahorra epítetos: "grandísimo tunante", "miserable" y "mal tucumano", de "un carácter diabólico, envidioso y bruto además". Es seguro que se agitaban allí, de parte del memorialista, antiguos agravios familiares, como el fusilamiento de Bernabé Aráoz, su pariente. Y del lado de López, no era raro que éste no lo quisiera, puesto que La Madrid lo había desalojado de la gobernación de Tucumán en 1825, además de batirlo en el combate posterior.

En el caso de Dorrego, "aunque tenía sus rasgos de locura y era de un carácter atropellado y anárquico", dice, "no podía olvidar que era un jefe valiente, que había prestado importantes servicios en la guerra de la independencia y, en fin, que era mi compadre, además". Emociona la página —clásica— donde narra las horas previas al fusilamiento del compadre. Es acaso la única oportunidad donde La Madrid admite que su valentía podía flaquear. Dorrego, ya en capilla, le confía una carta y prendas personales para entregar a su esposa, y le pide en préstamo su chaqueta "para morir con ella". La Madrid va a buscarla en su baúl y se la entrega. Pero Dorrego demanda algo más. Quiere que lo acompañe hasta el pelotón. Cuenta La Madrid su respuesta: "No compadre —le dije con la voz ahogada por el sentimiento— de ninguna manera tendría yo a menos salir con usted. Pero el valor me falta y no tengo corazón para verle en ese trance. ¡Abracémonos aquí y Dios le de resignación! Nos abrazamos y bajé [de la carreta donde Dorrego esperaba la hora final] corriendo, con los ojos anegados por las lágrimas".

Su relación con Juan Manuel de Rosas es singular. Cuando lo conoció en Buenos Aires, en 1820, lo juzgó "patriota y activo", así como "práctico y diligente". Se hacen tan buenos amigos, que lo nombra padrino de su hijo Ciriaco. Después, luchará contra Rosas, primero a órdenes de Lavalle y luego en la Liga del Interior: vendrán las victorias de San Roque y La Tablada, y el desastre de La Ciudadela, con el exilio en Bolivia. En 1838, como olvidado de ese pasado, La Madrid resuelve viajar a Buenos Aires y ofrecer sus servicios al compadre, para "defender la libertad e independencia de mi patria". Sólo puede visitar a Manuelita, porque el compadre no lo recibe. Siguen tres meses de silencio, hasta que un día Rosas le hace llegar una buena suma de dinero.

La Madrid parte entonces a verlo, a Palermo. Conversan como si nada hubiera pasado: los tiempos de la Liga del Interior parecen, para ambos, sepultados en el olvido. El tucumano se prende al pecho la divisa federal, "so pena de caer en desagrado de mi compadre" y, aunque no le gustan la Mazorca ni sus empresas, acude a diario a la casa de Rosas. También, a las fiestas en su honor, "ya por no parecerle sospechoso, ya también por un efecto de gratitud", pues seguía recibiendo las ayudas en dinero.

Así va pasando el tiempo. En enero de 1840, el todopoderoso compadre encarga a La Madrid una misión en Salta, Tucumán y Jujuy. El objeto visible es recoger las armas, propiedad de la Confederación, que fueron enviadas cuando la guerra con Bolivia. El objeto oculto consiste en que, con esas armas, La Madrid someta a aquellas provincias –que Rosas sabe desafectas– y se haga su gobernador "por grado o por fuerza". Acepta el encargo y parte al frente de una escolta que, con los refuerzos posteriores, llegará a medio centenar de hombres. En el trayecto, nota que los paisanos lo miran con desconfianza. Entonces compone rápidamente una vidalita federal, para que canten sus soldados: "Perros unitarios/ nada han respetado/ a inmundos franceses/ ellos se han aliado".

Cuando arriba a Tucumán, encuentra que su provincia está resuelta a pronunciarse contra Rosas, actitud que secundarán las otras del norte –salvo Santiago– y La Rioja. Primero intima a que le entreguen las armas, sin éxito. Después, ni bien se entera de que el pronunciamiento es un hecho, se arranca la divisa colorada y ofrece a la coalición regional –y esta lo acepta– formar un ejército para luchar contra su compadre y comitente. Justificará en las *Memorias*, con ingenuidad, tan súbita vuelta de chaqueta. A pesar de haber asentido al encargo de Rosas, dice, si el pueblo había tomado una decisión, "no me juzgué en el deber de retirarme para, con las armas en la mano, combatir a la mayoría que pedía su libertad y la constitución del país, y es por esto que siguiendo el voto del pueblo me pronuncié por él".

Dos años más tarde, tras la ejecución de su hijo Ciriaco (obra de Benavídez, que la Madrid atribuye a Rosas sin explicar por qué) ya considera un monstruo a su antiguo compadre. "Bárbaro Rosas, feroz y malvado asesino de aquel hijo... [...] ... ¡Hasta la muerte te haré la guerra! ¡Sin este crimen feroz yo habría sido siempre tu mejor defensa, aún cuando caído en mis manos!".

Las heridas que soportó La Madrid en su azarosa vida de guerrero son otro toque impresionante de las *Memorias*. La narración no exagera en absoluto. Inclusive, refiere con bastante sobriedad padecimientos que a cualquier hombre hubieran mantenido inmóvil en una cama durante meses.

En el acta de exhumación de los restos de La Madrid, en 1895, consta que se verificaron siete cicatrices en el cráneo, más otra en la nariz y una bala de plomo que quedó para siempre alojada en la séptima costilla. El médico Eliseo Cantón, que asistió al trámite, diría que "no he visto en los museos, ni creo se verá jamás, otro cráneo como el suyo, con más cicatrices que hueso". Era, dijo, "la prueba más elocuente de la forma heroica en que lidiaron nuestros antepasados y de los sacrificios sin cuento que demandó la organización nacional".

A su primera herida la recibió en la batalla de Salta, en 1813. "Soy bandeado en el muslo izquierdo por una de nuestras balas", apunta lacónicamente y después no vuelve a referirse al asunto. Pero quien lee no puede sino pensar en la gravedad de una lesión de esa naturaleza, por el lugar del cuerpo donde se producía y por el riesgo de las infecciones. En teoría, alguien con el muslo traspasado debió haber permanecido vendado y en reposo durante bastante tiempo. Pero este militar de hierro siguió montando a caballo.

En la carga de El Tala, según su testimonio, abatieron su montura y fue rodeado de inmediato por los enemigos. Pudo defenderse un rato a estocadas, pero después cae al suelo, sin conocimiento. Tiene, dice, "quince heridas de sable: en la cabeza, once, dos en la oreja derecha, una en la nariz que me la volteó sobre el labio, y un corte en el lagarto del brazo izquierdo y más un bayonetazo en la paletilla y junto al cual me habían tirado el tiro para despenarme". Además, sigue, "me pisotearon después de esto con los caballos, me dieron de culatazos y siguieron su retirada". Fue dejado por muerto en el campo. Lo llevaron horas más tarde a la ciudad de Tucumán, luego de pasar por un curandero santiagueño que le cortó "un pedazo de la oreja que venía pendiente de un hilo" y le cosió la punta de la nariz. Estuvo sin sentido casi un mes. Luego, montó a caballo a pesar de todo.

El médico Manuel Berdia, pensando que tenía un balazo en la espalda, lo operó "inútilmente", dice, "pues no encontraron la bala y sólo me sacaron un pedacito del filete de la paletilla y par-

te de una costilla". Días más tarde, en la expedición a Santiago, se le formó "un tumor bastante grande" sobre las costillas. Se lo abrió el médico Lewis y "sacó un pedazo de hueso pequeño". En cuanto a la herida de la bayoneta, como seguía abierta, el coronel Zerezueta le mandó un viejo curandero. Este le succionaba la herida con la boca: escupía el "humor" que extraía y se desinfectaba con buchets de vino aguado. Recién en Buenos Aires y gracias al doctor Hougham —quien quedó estupefacto por la cantidad de lesiones y por la rápida curación de ellas— pudo restablecerse del todo.

La arquitectura de hierro del físico de La Madrid llena de admiración y también de curiosidad. Uno se pregunta cómo sobrevivió a esas "operaciones" realizadas de cualquier manera, al margen de toda higiene y con los instrumentos más precarios, en algún rancho del trayecto. Y todas como meros paréntesis de la interminable cabalgata. O a esos remedios caseros, como los "chupones" del gaucho, o el "jeringatorio, especie de bálsamo o agua blanca" que le echó en la herida un médico de Potosí.

Estaban, además, las imprudencias y los accidentes. En los ratos previos a la derrota de El Rincón, resuelve salirse de la dieta fijada por los médicos. Se come varios chorizos de cerdo, asentados con "un buen trago de Burdeos". Como consecuencia, una tremenda descompostura de estómago lo obligará a afrontar el combate "agarrado del pescuezo de mi caballo". Meses después, en La Rioja, bebe por error —pensando que era vino— media botella de cierto remedio que le había enviado el general Paz. El error lo pone al borde de la muerte, sacudido por terribles calambres. Sobrevivirá gracias a las fricciones con "una especie de sangría de afrecho de trigo un poco correoso" que le aplica el fraile Cernadas, de San Francisco. A raíz de ese episodio, nos enteramos de que cargaba en sus petacas una "obra científica", para consultar en caso de enfermedad.

Los trances que pudo superar gracias a la agilidad y a la buena suerte, superan la más vibrante acción de cualquier film de vaqueros. Basta leer, por ejemplo, lo que le ocurrió en Culpina. Cuando cae muerto su caballo durante el combate y lo empiezan a perseguir los enemigos, vienen en su auxilio tres ordenanzas, el salteño Jaramillo, el puntano Frías y el correntino Manzanares. "Me da el estribo Frías, tómololo con el pie izquierdo y al subir a las ancas, se escapa éste del estribo y caigo parado, cuando cazándome el puntano con la mano izquierda por entre el

corbatín y el cuello de mi casaca y el salteño por el faldón, me suspenden y sientan a las ancas del primero, en circunstancias que iban ya a tomarme, y parten a escape conmigo”.

Cuando dirigía las guerrillas de retaguardia del Ejército del Norte, uno de los soldados quiso atrapar una yegua, pero erró el tiro del lazo, que cayó sobre la cabeza de La Madrid. El tucumano fue derribado del caballo, pero milagrosamente pudo meter el dedo índice entre el lazo y la cara. Logró amortiguar así el fuerte y vertiginoso cierre de la “armada”, pero “después de haber quedado aturdido y con el dedo, ojos y orejas desollados o quemados por el lazo”. Así, dice, “quedé por mucho rato viendo visiones y marché unos cuantos días ciego, porque se me formó una costra por sobre los dos ojos que apenas me permitía vislumbrar un poco”.

En la campaña de La Rioja de 1840, “recibí —dice— una feroz patada de un caballo en el pie izquierdo, estando montado, que a no ser por la hebilla de la espuela me rompe el pie, pues se dobló la hebilla y se me introdujo en la carne del empeine, dejándome sin sentido”. Le calmaron el dolor con “algunas cataplasmas”.

Ya en vida de La Madrid, los relatos sobre la cantidad de sus heridas formaban parte de la mitología de los fogones de este y del otro lado de la Cordillera. Durante el exilio en Chile, fue a afeitarse en una barbería, y notó que lo miraban fijo al desanudarse la corbata. Supo después que el barbero había oído que “un corbatín de fierro y de gonces me sujetaba el pescuezo, y que quitado este, mi cabeza se reclinaba sobre el hombro, de resulta de las heridas del campo del Tala”.

Lo único que le producía miedo era el agua. En 1831, debió ir por mar a Lima. “Era la primera vez en mi vida que iba yo a embarcarme, pues nunca habían podido conseguir en Buenos Aires, los amigos, el llevarme a pasear una sola vez a bordo; me parecía que embarcarme y ahogarme eran la misma cosa”, escribe. “Tengo más miedo de un río crecido que de tres baterías, pues no sé nadar”, comentará otra vez.

La vida sacrificada durante incontables campañas, había estimulado otras condiciones en Gregorio Aráoz de La Madrid. Entendía que los soldados debían saber aprovechar la tierra para alimentarse, y que era conveniente sembrar huertas en los cuarteles. Cuando las necesidades de exiliado lo apretaron, se las ingenió para amasar y hornear pan. Sus “masas dulces” lle-

garon a ser muy estimadas en Santiago de Chile, aunque el negocio que quiso montar sucumbiría por falta de capital.

Era un excelente cocinero. En la campaña bonaerense de Lavalle, obsequió a este jefe y a Martín Rodríguez con "un buen plato de carbonada", hecha por él mismo con los escasos ingredientes que pudo conseguir. "Por mi vida, que de hoy en adelante, toda vez que salgamos a campaña yo no me *arrancho* sino con usted, pues nos ha proporcionado un convite tan magnífico que no lo esperábamos en estas alturas", exclamó encantado Lavalle.

Si era atropellado a la hora de cargar sobre el enemigo, en otras cosas revelaba tino y sensatez. Por ejemplo, cuando fue gobernador de Tucumán en 1826, se propuso terminar con las divisiones entre los gobernados. Formó una junta, presidida por él mismo, con "todas las personas más notables del pueblo y de su campaña". Impuso a ese grupo el deber de denunciarle, con franqueza, "todos mis actos que merecieran su reprobación o la del pueblo, en vez de ir a criticarlos a los cafés, como tenían de costumbre". De esa manera, se enterarían de los motivos que tuvo para obrar, en muchos casos, y en otros tendría la oportunidad de rectificarse, si se equivocó. Asegura que le fue difícil, pero "al fin conseguí mi objeto y logré unir todos los ánimos, inspirando la más completa confianza".

En el exilio "muchos señores extranjeros y algunos de unos pocos de mis compatriotas", recuerda, lo ayudaron con suscripciones mensuales, de las que ofrece cuidadoso detalle en las *Memorias*. Pero escasos fueron los realmente generosos, cosa que obligó a La Madrid a afrontar duras penurias con Luisa y los chicos.

Sin proponérselo, su texto ilustra sobre no pocas costumbres de aquel tiempo. Cuenta, por ejemplo, que para descansar o conversar en el campo, los hombres se acostaban sobre el pasto, sujetando las riendas de los caballos: así charlaban Lavalle, Rosas o Martín Rodríguez. O que las milicias gauchas del norte, cuando cargaban a caballo, lo hacían "golpeándose la boca". Por su relato, cruzan sabrosas expresiones criollas.

En la batalla de Caseros, el 3 de febrero de 1852, estuvo al mando del ala derecha del ejército victorioso de Justo José de Urquiza. Según las memorias del general César Díaz, a pesar de sus "sesenta años cumplidos", La Madrid "en todas las ocasiones de peligro solicitaba para su división el puesto más

avanzado, y sufría terriblemente en su espíritu belicoso cuando el orden del servicio o las intenciones del general en jefe hacían indispensable posponerle a cualquier otro". Fue la última guerra del tucumano. Asistió de ese modo a la cancelación del largo mando de su compadre, y entró en triunfo a Buenos Aires con las tropas.

Según una nota conmemorativa de Juan M. Espora en *La Prensa*, el pueblo que asistía al desfile se alborotó extraordinariamente al divisar la figura de La Madrid entre los oficiales del Ejército Grande. El entusiasmo derivó en una tensa situación. "Asaltado el general en medio de la columna por una multitud de gente, en el acto en que fue reconocido, se vio sobremanera embarazado para aceptar sin riesgo los homenajes de aprecio que todos le tributaban", escribe Espora. "Durante algunos minutos, los abrazos y los cumplimientos no cesaron, y entretanto el grupo que lo rodeaba fue aumentándose, y por consecuencia la presión creciendo, hasta que al fin el animal que cabalgaba, inquieto al verse tan extrañamente comprimido, hizo un repentino y violento salto, con el que casi lo arrojó en tierra".

Una carta del 24 de abril de 1852 –que publiqué en 1993– dirigida por La Madrid a Gaspar López, un amigo de Salta, muestra que quería volver al norte. Es más, acariciaba la idea de ser gobernador de esa provincia, como se lo pedían López y otros amigos. "Recién hojeo las varias cartas que he recibido de ese mismo pueblo y el de Jujuy, de personas respetables, y hablándome en el mismo sentido que usted, esto es de la persuasión en que están de que sólo mi presencia en aquellos pueblos podría evitar los males que se temen" [es decir, una eventual reacción rosista]. Tal convicción le parecía "altamente honrosa" y "haría por confirmarla el último de los sacrificios"; pero, decía, "nada puedo hacer sin ser mandado".

La carta daba detalles domésticos. A la familia, el clima "no le ha sentado bien a su llegada, pues he tenido a casi todas las niñas enfermas de una especie de peste de resfríos que hubo después de la célebre batalla de Caseros". Contaba que "he tenido de bastante cuidado a la limeña Berenice [su hija menor] de una puntada de costado [pulmonía] pero gracias a la homeopatía está hoy libre de cuidados".

En *Página de oro de la ciudad de Paraná*, Juan Jiménez firma unos "Recuerdos históricos". Afirma que ya instalado en Paraná el gobierno de la Confederación, La Madrid se trasladó allí

para gestionar el pago de sueldos que le debían. Estaba –como siempre– muy apurado de dinero. Un día, llegó al gran almacén de Patricio Texo un hombre vestido pobremente. En un pequeño atado, llevaba unas velas que había elaborado con sus manos, y que quería vender. El dependiente Lucio Figueroa le dijo que no necesitaban velas, pues ellos tenían su propia fábrica. Pero el hombre rogó que de todos modos comprara las que traía. Dijo que era un emigrado y que esa venta constituía su única posibilidad de ganar la subsistencia. Picado por la curiosidad, Figueroa inquirió “¿Y quién es usted, que dice ser emigrado?”. La respuesta fue: “Soy el general La Madrid”.

Después, pasó a Buenos Aires, donde se instaló, junto a Luisa y algunos de sus hijos, con extremada modestia. En 1856 se enfermó de gravedad. El general Bartolomé Mitre le acercó una ayuda económica para que se atendiera, pero ya no recuperó la salud. Gregorio Aráoz de La Madrid murió en Buenos Aires el 5 de enero de 1857, “a los 62 años de edad y 47 de servicios militares”, escribe Juan José Biedma. El general José Ignacio Garmendia dice que su fallecimiento ocurrió “casi en la indigencia y en solitario albergue”.

Luisa lo sobreviviría hasta 1871. Murió de fiebre amarilla, durante la epidemia que asolaba Buenos Aires. En una página estremecedora, el poeta Carlos Guido y Spano narra cómo logró evitar que tiraran su cadáver a la fosa común. Pudo darle sepultura en el cementerio, en medio de una noche, ayudado por Carlos Munilla.

Para terminar con estos añadidos biográficos, vale la pena tocar el tema de los padres de La Madrid. Como dijimos, es curioso que se cuide de detallar, en toda ocasión, su parentela tucumana, por lejana que fuese (“mi primo el doctor Juan Bautista Paz”, “mi primo Bernabé Piedrabuena”, “mi primo José Manuel Silva”, y así a cada rato) pero que jamás menta el nombre de su padre, en las *Memorias*. Sólo menciona a la madre, Andrea Aráoz.

Y la curiosidad crece cuando se examinan las actas parroquiales que me acercó amablemente el genealogista Jorge Corominas. En su partida de matrimonio con Luisa Díaz Vélez, nuestro Gregorio Aráoz de La Madrid dice ser hijo de Manuel Aráoz de La Madrid y de Andrea Aráoz. Pero dos de los hermanos del general, a la hora de hacer constar su filiación, declaran progenitores distintos: Francisco afirma que sus padres son Francisco



Aráoz de La Madrid y Andrea Aráoz, mientras Severo informa que es hijo de José Antonio Aráoz de La Madrid y de Andrea Aráoz. Agreguemos que doña Andrea tuvo una hija natural, Josefina, luego señora de Risso Patrón.

Una insistente tradición aseguraba que era hijo del cura de la Catedral y congresal de 1816, Pedro Miguel Aráoz. Como este era hermano de Andrea Aráoz, podría pensarse –si la tradición fuese cierta– que lo tuvo con alguna mujer que no se conoce, y que lo hizo criar posteriormente por su hermana. O que el cura de la tradición no fuese Pedro Miguel, sino otro. En fin, es un asunto digno de la investigación de especialistas.

Hay varios retratos de Gregorio Aráoz de La Madrid hechos en vida. Hablo de los dibujos de Rugendas y de Baz, y de los óleos de Franklin Rawson –que lo muestra en grupo– y de Carlos Uhl. Pero su imagen física exacta nos llega en un daguerrotipo tomado en Buenos Aires después de Caseros. Aparece allí de uniforme, del brazo de su hija Berenice y junto a su yerno. Las arrugas surcan un rostro de ojos tristes, con abundantes bigote y pera entrecanos. Conserva todo su pelo, que se ondula sobre la oreja izquierda. La derecha, no se ve. Estaba cortada, vimos, por uno de los sablazos que recibió en El Tala. Por eso le decían *Pilón*, voz criolla popular que designa al que carece de orejas, o que las tiene incompletas. Pedro de Angelis habría sido quien le puso el apodo, al que aludía un versito federal: “Mandao por Rosas,/ vino Madrid,/ a arriar las armas/ pa’l litoral./ Cabeza y’ mate,/ ya es federal./ Trágalo, trágalo/ Federación,/ Trágalo, trágalo,/ al Ñato Pilón”.

Agregaremos otra referencia poco conocida. En 1949-50, se filmó en la ciudad de Tucumán y en el paraje serrano de Tafí del Valle, una película sobre la vida de La Madrid. Se llamaba “El diablo de las vidalas” y se estrenó en 1951. La dirigió Belisario García Villar, sobre un libreto de Pedro Gregorio Perico Madrid. El papel protagónico se confió al actor Francisco de Paula. Es fama que no se conserva copia de esa producción.

Con motivo del centenario del nacimiento de La Madrid, en 1895, Adolfo P. Carranza –director del Museo Histórico Nacional– obtuvo de la viuda e hijos de Lamas el manuscrito de las *Memorias*, y la autorización para que el Gobierno de Tucumán las editara. Era parte del homenaje que su provincia natal iba a rendir a La Madrid: además de imprimir aquel testimonio, sus restos serían trasladados a Tucumán, en una urna a colocarse en

la Iglesia Catedral. La misma se encuentra hasta hoy sobre la nave derecha de ese templo, a la entrada.

El archivo del doctor Carranza se guarda en el Museo Histórico Nacional y su ordenamiento y clasificación corren a cargo de la profesora Sofía Oguic. Allí se conservan numerosas cartas intercambiadas entre Carranza y el gobernador de Tucumán, doctor Benjamín Aráoz, o su ministro de Instrucción Pública, doctor Alberto de Soldati. Consta en esa correspondencia, que no se ahorró esfuerzo para dotar de calidad y riqueza a la edición, que se hizo en dos volúmenes.

En los apéndices de ambos, se agregaron –acaso un tanto desordenadamente– una serie de otros papeles históricos: misivas de La Madrid y de Lavalle, documentos varios sobre las batallas de Tucumán, de Salta y de La Ciudadela, un “Diario de marcha” de la retirada de Córdoba a Tucumán en 1831, decretos y circulares de La Madrid o a él referidas, de diversas épocas, y un largo etcétera. Lo variopinto del material indica que ese gran papalista que fue Carranza, halló propicia –enhorabuena– la ocasión para imprimir un buen lote de su archivo. Hay que destacar un significativo testimonio, inédito hasta entonces, que se incluyó por sugerencia del gobernador Aráoz: “Tradiciones históricas de la guerra de la Independencia”, valiosa descripción de la batalla de Campo de las Carreras y de su escenario escrita por el agrimensor Marcelino de la Rosa, muy vinculado a la familia de Belgrano.

Araoz insistió también en la necesidad de intercalar la mayor cantidad de ilustraciones, para dar atractivo al libro, y así se hizo. El material de retratos, aportado por José Antonio Pillado, con la descripción minuciosa de cada uno, constituyó un verdadero aporte a la iconografía argentina, cuya importancia no conozco que se haya subrayado. Además, se hicieron tiradas aparte de una litografía coloreada con el rostro de La Madrid, y se acuñaron medallas conmemorativas.

Por fin, llegó el gran día. La urna con los restos arribó a Tucumán cuando La Madrid hubiera cumplido cien años, el 29 de noviembre de 1895. Una compacta multitud acompañó en procesión a la cureña, desde la estación ferroviaria hasta la Catedral. Caminaban bajo grandes arcos con flores y banderas, flanqueados por trescientos soldados del Regimiento 3 de Línea, el Batallón Provincial, el Regimiento de Artillería y los dos de la Guardia Nacional con uniforme de gala. La urna fue depositada

en la Catedral, donde por la tarde se había programado realizar el acto central.

Las autoridades volvieron al Cabildo, para asistir al gran almuerzo. De pronto, mientras se ubicaban los comensales, el gobernador Benjamín Aráoz, de 49 años, se derrumbó muerto de un ataque al corazón. Ni qué decir que este hecho causó consternación en todos, y vino a cancelar bruscamente la fiesta.

Como en esos momentos estaba en impresión el segundo tomo de las *Memorias*, se añadieron a los papeles históricos que incluía el respectivo apéndice, entre otros materiales, los discursos de recepción de la urna (entre ellos el que Aráoz llevaba en el bolsillo y que la muerte le impidió pronunciar), y los ecos que el centenario tuvo en la prensa tucumana y porteña.

CARLOS PÁEZ DE LA TORRE (H)